

Fragmentos del libro de Manuel Delgado

La ciudad mentirosa. Fraude y miseria del “Modelo Barcelona”

Los libros de la catarata, Madrid, 2007

(...)

El proceso continuaba siendo el mismo. De pronto, alguien, en algún sitio, decide algo que cambiará la forma y la vida de un barrio. Primero se lo declara “obsoleto”, luego se redacta un plan perfecto, se elaboran unos planos llenos de curvas y rectas, se hace todo ello público de manera atractiva –dibujitos y maquetas- y se promete una existencia mejor a los seres humanos cuya vida va a ser, como el lugar, remodelada. A continuación se propone ofertas de realojamiento –que siempre perjudican a quienes no podrán asumir las nuevas condiciones que indirectamente se les impone-, se encauzan dinámicas de participación –orientadas, de hecho, a dividir a los vecinos afectados- y después se continúa sometiendo a ese pedazo de ciudad a un abandono que ya lo venía deteriorando, para disuadir a las víctimas-beneficiarios de las transformación de su urgencia e inevitabilidad. Luego no es extraña la aplicación de formas de *mobbing* institucional, una técnica de acoso y derribo –y nunca mejor dicho- consistente en hacerle la vida imposible a los vecinos que se niegan a abandonar casas condenadas por los planes urbanísticos e inmobiliarios, someterles a una presión que les obligue a abandonar su resistencia y dejar el paso libre a los planes de “refuncionalización” de sus barrios. Ni que decir tiene que de todo ello poca cosa en los medios de comunicación, para los que el hostigamiento contra inquilinos inconvenientes o díscolos es una conducta perversa de empresas sin escrúpulos y nunca lo que tantas veces resulta ser: una práctica seguida por la propia Administración y aplicada por sus funcionarios, muchas veces con la ley en la mano.

(...)

Una cosa ha sido ese universo ideal de planes y de planos en que han vivido imbuidas las autoridades políticas en (xxx) y sus técnicos y otra muy distinta el empecinamiento de las realidades sociales a ser lo que siempre han sido: desigualdad, conflicto, fealdad, pero también luchas, pasiones, formas incontroladas e incontrolables de solidaridad y de belleza. En cualquier caso, parece claro que la magnificencia y la osadía formal de los nuevos órdenes visuales ven constantemente delatada su superficialidad y cómo frustra su vocación de ser escenario teatral de amables dramaturgias urbanas.

Las pomposas declaraciones programáticas de las autoridades o las elaboraciones teóricas de los arquitectos-ideólogos se han visto una y otra vez desmentidas por las prácticas reales.

(...)

Los llamados inmigrantes sufren las consecuencias de lógicas sociales –vinculadas en este caso a la gestión pública y privada de suelo- de las que las víctimas son también, como hemos visto, los jóvenes, la gente mayor y los sectores más desfavorecidos de la misma población autóctona. Es un efecto óptico, deliberadamente destacado desde el imaginario social y político dominante, el que pretende hacer creer que son los recién llegados más pobres los causantes de los mismos problemas de los que son víctimas. Los trabajadores extranjeros y sus familias, en efecto, tienen que sufrir las condiciones negativas de una realidad territorial de la que son sistemáticamente mostrados como factor desencadenante, como si fueran acusados de haber provocado, con su presencia, un deterioro de ciertos barrios que, en realidad, ya estaban deteriorados o en vías de abandono, es decir, que no se devaluaban porque esos nuevos vecinos hubieran llegado, sino a los que ellos habían llegado porque ya se habían devaluado

(...)

También, a menudo, esta situación es la antesala de intervenciones de reordenación del territorio destinadas a la conversión de centros antiguos en parques temáticos donde se escenifica una pseudoverdad histórica o cultural o en escenarios para la gentrificación, es decir, de asentamien-

tos de clases medias en busca de un reencuentro con la “vida de barrio”, al que se han añadido unas dosis controladas y controlables de “multiculturalismo”, como el nuevo sabor local que ha de atraer a clientes de vivienda nueva o reformada en barrios antiguos.

(...)

Al cobijo de los llamados planes especiales de reforma interior, se inició, a partir de mediados de los ochenta, una serie de actuaciones que se presentaron como esponjadoras, revitalizadoras, renovadoras, etc., de zonas consideradas víctimas de la degradación social y urbana del núcleo antiguo de (xxx). La premisa ideológica era, pues, una vez más, que un buen plan urbanístico lo arregla todo, porque nada puede resistirse a una planificación adecuada y creativa. De nuevo, ordenar la ciudad aspiraba a ser equivalente a disciplinar la sociedad que la habitaba, someterla a un orden de jerarquías que se querría ver trasladado al espacio físico real. Como antes a lo largo de la historia del urbanismo se esperaba que la aplicación de criterios ordenadores claros fuera capaz, por sí sola, de resolver problemas sociales e infraestructurales profundos, no por la vía de un cambio en estructuras sociales brutalmente asimétricas, sino por el de una redefinición de los lugares y de su organización. Fue a partir de esa confianza ciega en el poder demiúrgico del proyecto con el objetivo de pacificar territorios crónicamente turbulentos, cuando se empezaron a ejecutar iniciativas que recuperaban el espíritu “higienizador” de las grandes reformas urbanísticas del XIX, “destrucciones creadoras” de centros urbanos...

(...)

Bajo el paraguas de esta voluntad redentora del espacio urbano, e incluso inspirándose en propuestas progresistas planteadas todavía bajo el franquismo, empezaron a llevarse a cabo derribos y expropiaciones destinadas a generar nuevos espacios edificados que, con frecuencia, acabaron siendo destinados al asentamiento de clases medias deseosas de sumergirse en un barrio tradicional y ahora hasta multicultural, convenientemente desinfectado de conflictos. Las víctimas: los sectores más vulnerables de la población, sobre todo los ancianos, en barrios con casi un 40 por ciento de las viviendas habitadas por una sola persona mayor. El resultado: una infinidad de pequeñas tragedias individuales o familiares que afectaron a personas que no pudieron incorporarse a los “nuevos tiempos” urbanísticos para la zona.

(...)

La correspondiente campaña mediática y publicitaria ha acompañado la voluntad oficial para justificar políticas urbanísticas presentadas como higienizadoras de una zona postrada, miserable y conflictiva, que era mostrada como clamando por ser salvada de una vez por todas de la pobreza y de la delincuencia que la habían colonizado desde siempre. El énfasis mediático en los aspectos más negativos del (xxx) –delincuencia, marginación, prostitución, drogadicción, etc.- venía a demostrar el principio que hace del riesgo un agente urbano de primer orden. Es decir, la rehabilitación del barrio no debía ser tan solo formal, debía ser, sobre todo, moral. El enemigo a batir no era sólo la pobreza y la marginación, era el mismo Diablo. Los signos inequívocos de su presencia convertían el esponjamiento, el proceso de gentrificación, la distribución de templos levantados en honor a la Cultura y la apertura de espacios vigilables en una gran ceremonia exorcizadora de aquellas energías malignas que habían poseído el barrio y que conformaban lo que Garry McDonogh definía como una auténtica “geografía del Mal”. Ahora, gracias a los turistas y a las clases medias ávidas de “vida de barrio” y de ambiente multicultural, la zona quedaría libre de la maldición que le había afectado a lo largo de décadas.

(...)

En casi todas las ciudades, los grandes procesos de transformación urbana se llevan a cabo hoy, casi sin excepción, acompañados de actuaciones que invocan los principios abstractos del Arte, la Cultura, la Belleza, el Saber, etc., valores en los que las políticas de promoción urbana y competencia entre ciudades encuentran un valor refugio con que dotar de singularidad funcional y prestigiar lo que en la práctica son estrategias de tematización y espectacularización, además de constituirse en fuente de legitimación simbólica de las instituciones políticas ante la propia ciudadanía.

(...)

Esta crítica a las intervenciones urbanísticas en el núcleo antiguo de (xxx) tiene que ser matizada, justo para que no se confunda con la defensa romántica y en última instancia reaccionaria de la “esencia perdida” del barrio. La desembocadura inevitable de este tipo de críticas acaba mezclando la perfidia de las autoridades y las empresas inmobiliarias con las consecuencias no menos perversas que se atribuye a la presencia de nuevos vecinos provenientes de la inmigración. No se plantea aquí una censura al hecho de que las ciudades y los barrios cambien, ni al principio de acuerdo con el cual eran urgentes las intervenciones que mejorasen la calidad de vida de sus habitantes. Lo que se critica es que las actuaciones respondan al hecho de que a políticos y promotores les parezca inaceptable que, justo en medio de la ciudad, vivan obreros, inquilinos de rentas bajas y otros elementos escasamente decorativos que puedan asustar a los turistas y a los nuevos propietarios, a los que se pretende atraer a toda costa. He ahí un nuevo ingrediente del “modelo (xxx)”: el proceso inexorable de ilegalización de la pobreza.

(...)

De hecho, cada vez más puede afirmarse que no es que el centro comercial imite a la ciudad, sino que es la ciudad la que copia el modelo que le prestan los centros comerciales. Los núcleos históricos de las ciudades están siendo peatonalizados para hacer de ellos superficies comerciales polifuncionales, (...). Siguiendo este referente, en (xxx) todas las poblaciones importantes han hecho de su núcleo una réplica de los centros comerciales, en las que los monumentos y las catedrales se añaden a la escenografía y dan al conjunto un cierto *look* vernáculo. Se alcanzan así, justo en medio de las ciudades, territorios eximidos de cualquier cosa que pueda obstaculizar los itinerarios y los altos de los compradores, espacios, no hay que decirlo, rigurosamente vigilados.

(...)

En paralelo a esta idea de espacio público como complemento sosegado y tranquilizador para los grandes festines urbanísticos, hemos visto prodigarse otro discurso también centrado en ese mismo concepto, pero de más amplio espectro. En este caso, el espacio público pasa a concebirse como la realización de un valor ideológico, lugar en que se materializan diversas categorías abstractas como democracia, ciudadanía, convivencia, civismo, consenso y otras supersticiones políticas contemporáneas, proscenio en que se desearía ver deslizarse una ordenada masa de seres libres e iguales, guapos, limpios y felices, seres inmaculados que emplean ese espacio para ir y venir de trabajar o de consumir y que, en sus ratos libres, pasean despreocupados por un paraíso de cortesía, como si fueran figurantes de un colosal *spot* publicitario. Por descontado que en este territorio cualquier presencia indeseable es rápidamente exorcitada y corresponde expulsar o castigar cualquier ser humano que no sea capaz de mostrar modales de clase media.

(xxx) es un ejemplo de cómo, a la que te descuidas, ese suelo de un espacio urbano desconflictivizado, por el que pulula un ejército de voluntarios ávidos por colaborar, se derrumban en cuanto aparecen los signos externos de una sociedad cuya materia prima es la desigualdad y el fracaso. Y es porque lo real no se resigna a permanecer secuestrado por lo que ese espacio público no puede ser lo que proclaman que es o deberían ser las campañas publicitarias oficiales: un cordial ballet de ciclistas sonrientes, recogedores de caquitas de perro y pulcros paseantes incapaces de tirar una colilla al suelo. ¿Quiénes son los responsables de que se frustre esa expectativa de ejemplaridad que debe presidir la vida pública en la ciudad? Parece que esas bolsas crecientes de ingobernabilidad se nutren de lo que se mencionaba como las nuevas “clases peligrosas”, aquellas que el nuevo higienismo social, como el del siglo XIX, clama por ver neutralizadas, expulsadas o sometidas a toda costa: los jóvenes, los drogadictos, las prostitutas, los mendigos, los inmigrantes sin alojamiento. Lo que en la práctica es la restauración en (xxx) de la antigua Ley de Vagos y Maleantes resulta de la lucidez con que el Ayuntamiento ha entendido cuál es la regla de oro que debe orientar sus políticas en materia urbana: total servilismo ante los poderosos –los promotores inmobiliarios, la banca, las empresas multinacionales–, severidad máxima con los sectores más frágiles e inconvenientes de la sociedad.

(...)

El advenimiento del llamado cambio democrático abrió nuevas perspectivas –en (xxx) y en tantas otras ciudades- a una visión de la ciudad más preocupada por el bienestar de las mayorías sociales. El balance, treinta años después, señala que es cierto que las mejoras han sido ostensibles por lo que hace a la calidad de buen número de entornos. En cambio la evidencia ha acabado advirtiendo también de que ciertas constricciones para el desarrollo de una ciudad verdaderamente abierta no procedían del régimen autoritario liquidado, sino de estructuras socioeconómicas intrínsecamente injustas, que han continuado generando un urbanismo adecuado a sus intereses. Si durante el franquismo estos intereses habían sido sobre todo los de la incorporación a las grandes dinámicas productivas y de mercado iniciadas en la posguerra europea, en el último tercio del siglo XX las orientaciones hegemónicas han tenido que ver con la globalización, con el consumo de masas espectacularizado, con las nuevas tecnologías y con una concepción de la ciudad como objeto de técnicas comerciales. Y lo peor es que el movimiento asociativo que había nacido del combate contra los abusos de la dictadura fue quedando en gran medida desactivado, y no como la consecuencia de la represión política, sino de la capacidad estupefaciente de la nueva ciudad-espectáculo, ciudad-logotipo, ciudad-*spot* publicitario, ciudad-efectos especiales. Una ciudad trivializada que ha acabado por generalizar el conformismo acrítico de gran parte de ciudadanos. Esto ha permitido que la mayoría de grandes decisiones relativas a la ciudad se hayan tomado de espaldas a la opinión o contando con la indiferencia de sus usuarios y habitantes.

(...)

Ya hemos visto cómo las grandes rehabilitaciones y las monumentalizaciones han servido para acercar muchas ciudades a la lógica de los parques temáticos, haciendo de ellas puros simulacros, o más bien parodias de su supuesta idiosincrasia cultural o histórica. La generación de lugares para una memoria artificial ha hecho, en realidad, casi irreconocibles a numerosas ciudades españolas, de las que con frecuencia sólo han visto sobrevivir de su antigua singularidad elementos dispersos y desestructurados, ya reducidos a pura escenografía para visitantes y nuevos propietarios. Los edificios-esculturas firmados por grandes estrellas de la arquitectura internacional, y que toda ciudad que se precie debe poseer y exhibir, se despliegan arrogantes de espaldas a la realidad social que les circunda, como si ésta no existiera, como si toda la función de las construcciones singulares fuera olvidar y hacer olvidar las condiciones de la vida real de la gente real. A una voluntad acaso inicialmente sincera de servicio público se le ha acabado imponiendo la prioridad por generar pura mercadotecnia. A los pies de los volúmenes arquitectónicos singulares, a su alrededor, se extiende la ciudad indeseada pero verdadera, la ciudad de los jóvenes sin posibilidades de adquirir una vivienda; la de las mujeres; las de los inmigrantes y parados; la de la pobreza; la de la marginación. La ciudad utópica de los diseñadores estrella y los políticos se levanta ciega ante las miserias que cobija, sordomuda antes las exclusiones que genera sin parar.

(...)

Lo sucedido en (xxx) fue bien ilustrativo de esa dinámica, a la que se asigna el eufemístico título de “rehabilitación”. En aquel solar de 5.000 metros cuadrados el Ayuntamiento tenía previsto la apertura de un *parking* a disposición del “turismo cultural” que acude al área ya debidamente desinfectada de pobres de la calle (xxx) (...)

La operación no cuajó como consecuencia de la resistencia de los habitantes, que hicieron suyo aquel espacio e hicieron de él un insólito vergel urbano autoconstruido. Jardín, huerto, zona de juegos infantiles, tarima para espectáculos, modestas canchas de fútbol y baloncesto, mobiliario... todo había sido elaborado a mano por los vecinos, con unos parámetros estéticos a años luz de la afectación formal de los llamados “espacios públicos de calidad”, cuya característica suele ser que parecen diseñados para ahuyentar a sus posibles usuarios. Allí se podía ver en todo momento a gente de todas las edades convirtiendo la plaza en un lugar de sociabilidad que, por otra parte, representaba la encarnación del multiculturalismo real, no el de los prospectos oficia-

les, sino el que protagonizaban seres humanos de carne y hueso que encontraban por fin un lugar donde encontrarse. No en vano, el lugar había sido vindicado como la auténtica Plaza Mayor del barrio y así se propuso en el pregón de su fiesta mayor, unas semanas antes de su desalojo.

Pues bien, eso fue lo que las autoridades parecían incapaces de soportar: que se hubiera suscitado de forma espontánea todo un apasionante experimento de autogestión, un emocionante ejemplo de cómo los vecinos de un barrio podían generar sin permiso escenarios para su vida cotidiana, de espaldas a la insaciable voluntad municipal de monitorizarlo absolutamente todo y de sólo tolerar las maneras de estar en el espacio urbano previamente homologadas por sus técnicos en ciudadanía y sus expertos en convivencia. No se podía tolerar un espacio público que fuera realmente público, es decir, del público. Esa imagen de niños jugando en parques que ellos no habían dispuesto, de abuelos charlando en bancos que ellos nunca instalarían en sus plazas, significaba el más inaceptable de los desacatos.

Por desgracia, tuvo que producirse un problema de orden público para que la sentencia de muerte contra (xxx) fuera recogida por los medios de comunicación. Las imágenes de jóvenes que disparaban cohetes de feria contra la policía, profanando el (xxx) lanzando bolsas de basura contra su fachada, sirvieron para que los portavoces oficiales –todos- desfigurasen las vindicaciones vecinales y volvieran a agitar el fantasma del Okupa Feroa, con lo que, de paso, aprovechaban para continuar malignizando al movimiento que encabezaba una lucha de los jóvenes pro el derecho a la vivienda que se estaba extendiendo en aquel momento y que acababa de conocer y continuaría conociendo grandes movilizaciones.

Una vez más volvieron a ganar y a perder los de siempre. Pero así se escribe la historia. Como sincronizados, una solemne inauguración y un desalojo a la fuerza. Se levantaba un nuevo templo en el que el Saber y la Cultura oficiaban sus misterios, y, muy cerca, pero también muy lejos de allí, se desbarataba una ilusión colectiva forjada a ras de suelo. La (xxx) hecha poder y hecha dinero se había vuelto a salir con la suya y había conseguido derrotar –como siempre, sólo por el momento e inútilmente- a las sustancias básicas que toda vida urbana está formada y nunca olvida: el amor por la vida y la manía de desobedecer.